

SEMINARIO 15: EL ACTO PSICOANALITICO. CLASE 8: 7-Feb-1968

Las 2 clases que hoy debo comentarles corresponden a la del 31-1 y a la del 7-2-68. La primera es un seminario cerrado dirigido por Melman donde los asistentes discuten sobre las dificultades suscitadas por el seminario que este año dicta J. Lacan. Son inquietudes despertadas en el marco de una enseñanza que en esta época está en un momento de producción importante en relación a la Escuela.

Les recuerdo que en este año, y particularmente en los meses próximos a estas clases, Lacan realiza la Proposición para el psicoanalista de la Escuela, donde propone el Pase. Son tiempos de un progreso importante en el cuerpo teórico de la doctrina lacaniana y en consecuencia de los principios que operan en la Escuela.

Sabemos de la dificultad con que los analistas tropezamos cada vez que hacemos grupo, institución. La regulación de lo que allí sucede carece de la fijación social que proporciona el legislador. No existe en lo social un significante que de lugar al psicoanalista. Algo de lo imposible está siempre en juego.

Desde esta imposibilidad, la institución de los analistas es siempre un punto de conflicto, ya que es allí donde se conjuga la clínica, el saber y la política.

Existe, por otra parte, esa dificultad del psicoanálisis, que proviene de su propio discurso, que lo obliga a oponerse, a interrogar, o interpretar al discurso del amo, al discurso dominante.

En esta perspectiva lo que Lacan promueve es la posibilidad de una Escuela que refleje, que se articule con los principios que rigen el discurso analítico.

Quiero decir que la Escuela lacaniana no consiste en una institución al estilo de lo que derivó la freudiana que se mantiene solamente por el sostenimiento de un modelo, que sabemos termina respondiendo a las reglas del mercado. Significa que si lo que determina es el mercado, tenemos que producir según las condiciones que éste establece y en consecuencia perder lo específico del propio discurso.

La Escuela lacaniana se construye sobre la base de lo que un psicoanálisis produce.

Y un psicoanálisis, ¿qué produce?.

Lacan dice: un psicoanalista.

Es una respuesta restringida, condensada, para indicar que la institución específica de los analistas debe ser sostenida por el deseo del analista.

Y este deseo del analista, ¿Qué es?.

Evidentemente no podemos decir es tal o cual cosa, ya que el deseo no se puede formular de esa manera, hay una incompatibilidad estructural entre el deseo y la palabra. El deseo es su propia articulación y requiere de un recorrido para desvelar algo de su especificidad. El deseo del analista es lo que queda al final de un análisis.

Lo que queda al final de un análisis es el silencio, y evidentemente es muy fácil caer en la tentación teológica para argumentar el deseo del analista, ya que este deseo se manifiesta como un acto.

En este seminario Lacan apunta a lo específico de este acto, que no es un acto cualquiera, ya que se trata de un acto que afecta a lo más íntimo de un sujeto, que es ignorado por él, y que está regulado por un operador lógico sin presencia formal, al cuál Lacan llamará el objeto a.

Sobre esta base, él va reformular todo el dispositivo analítico y fundamentalmente va a postular otro criterio de final de análisis. Como lo señala en alguna parte Colette Soler, él va a replantear los fines de un análisis, jugando con ese doble sentido entre fin y finalidad. Esto es importante porque indica que según el criterio que se tenga del final del análisis dará por resultado tal o cual tipo de analista. Si esto además determina las finalidades, estamos ante la perspectiva de qué lugar para el psicoanálisis en lo social. De qué psicoanalista se produce.

Es importante porque este punto define que tipo de institución analítica es la que está en juego.

Se trata entonces de la posibilidad de una Institución, La Escuela, que permita hacer existir en el mundo al psicoanálisis respetando su propio discurso. La ideología de esta Escuela tiene que ver fundamentalmente con el analista producido.

Lacan así no promueve un psicoanálisis marginal, revolucionario ni contestatario, sino que aspira un lugar para el psicoanálisis que participe en la subjetividad de su época.

Entonces, ¿cuál debe ser el fin de un análisis para que logre su finalidad?

Podemos entrar en esta cuestión por varios lugares, elijo el que me parece más pertinente al punto central que se refiere la lección que hoy nos ocupa relativo a cuál debe ser el fin de un análisis. Lo cito:

“...lo que debe ser el saldo de la operación psicoanalizante, como lo que libera lo que hay de una verdad fundamental, el fin del psicoanálisis, a saber la desigualdad del sujeto a toda subjetivación posible de su realidad sexual y la exigencia de que, para que esta verdad aparezca, el psicoanalista sea ya la representación de lo que enmascara, obtura, tapona esta verdad y que se llama el objeto (a).”

La propuesta de Lacan es la establecer una referencia lógica, ya el año anterior ha trabajado la lógica del fantasma. Una referencia lógica supone la posibilidad de escribir en un Universal lo particular y de ver la implicación de ambos. O sea la posibilidad de decir lo imposible.

En esa dirección está articulando, en estas lecciones, el acto como lo que instaura, lo que instituye el psicoanalista. O sea, que para que exista el acto psicoanalítico tiene que existir el psicoanalista.

Ahora, se trata no ya del estatuto del psicoanalista como tal, sino de aquello que el hacer del psicoanalista hace acto.

Sabemos que ésta es la única sustancia del psicoanalista, ya que no existe una profesión de eso. Un psicoanalista sólo existe en tanto su hacer hace acto, o sea en tanto una presencia determinada por el inconsciente del analizante.

¿Cómo se instituye, cómo se instaura ese ser?

De lo que se ocupa el psicoanálisis es del inconsciente y del deseo. También podemos decir de sus habitantes: del sujeto y del objeto.

Del sujeto del inconsciente que todos sabemos está en una estructura de lenguaje y del objeto producido que causa el deseo.

Ahora bien, si el psicoanálisis parte de una terapéutica, supone algo más que esto.

Si el psicoanálisis sólo fuese una terapéutica no existiría el psicoanalista tal como lo indicamos anteriormente, o sea como el resultado de un psicoanálisis. Un psicoanalista no es un terapeuta.

Hay que decir que si Lacan lo define así, también es para indicar que todo análisis es didáctico, que todo psicoanálisis realizado en las coordenadas del inconsciente y del deseo, produce un psicoanalista en potencia.

Todo psicoanálisis tiene unas consecuencias para el sujeto que modifica su relación a las cosas, su saber sobre sí mismo y sobre lo que lo orienta en sus búsquedas.

Lo que el sujeto siempre busca es la satisfacción, y tenemos que decir que el objeto al que se dirige viene siempre con la marca particular de alguna satisfacción prometida, de un goce encontrado.

Freud dijo que este objeto es el objeto perdido y que nunca es encontrado.

Es cierto que el objeto de la ilusión de la satisfacción nunca es encontrado, pero también es cierto que los objetos a los que nos dirigimos traen la marca de una satisfacción primordial, traen el programa de goce particular que cada sujeto encuentra. Es la

repetición ignorada que también por esto, por ser ignorada es la queja del sujeto, su sufrimiento.

La cura analítica se dirige a este punto del inconsciente que implica localizar un comienzo significante, un Uno que va hacer serie en la biografía particular de cada sujeto.

Así podemos decir que existe un Universal que se repite en la estructura de cada sujeto.

Hay una marca del significante que abre el camino de la subjetivación que cada sujeto va a realizar en su relación al significante. Esto lo decimos de la siguiente manera: un sujeto es lo que un significante representa para otro significante.

Pero en este Universal se juega la existencia de cada sujeto particular, su biografía, su ser. El ordenamiento del Universal hace de lo particular un efecto que funciona al nivel de lo ignorado por cada sujeto.

Podemos también decir que la relación del sujeto al Otro del lenguaje es una condición universal y que eso tiene como consecuencia como efectos de discurso, una presencia en lo particular de cada sujeto que es lo que se juega en el ser de cada uno ante ese Otro del lenguaje. Algo de lo íntimo se juega en lo exterior. De lo que se trata es del estatuto mismo del deseo.

Tenemos entonces que el hacer de quien dirige una cura psicoanalítica, de quien se coloca en esa posición, tiene una potencia, una dimensión que excede la mera acción. Pero esta operación requiere definir el lugar desde donde este hacer tenga otras consecuencias que las sugestivas.

Llamamos acto psicoanalítico al lugar desde donde el psicoanalista tiene que situarse en acto. Esta definición que nos da Lacan supone que el propio acto nos da el estatuto del psicoanalista.

Si el psicoanalista es el resultado de un análisis, tenemos que pensar que es aquél que ha vivido su propia división como sujeto y que está causado por esta misma división, o sea que ha logrado que esta marca, la de la castración, lo cause en su deseo. Que lo incurable del sujeto, que es la castración, logre un saber que lo oriente como deseo particular sin las rémoras del objeto que anteriormente mencioné.

Tenemos así que el acto analítico está a cargo del psicoanalista, quien debe llevar el peso de su hacer desde este saber extraído de su propio análisis. Se trata de un saber hacer con el peso, con la consistencia del objeto que el analizante va a colocar en la cura.

Pero, sabemos que no hay acto analítico fuera de la transferencia, la que por otra parte se define como la puesta en acto de la realidad del inconsciente.

¿Y cuál es la realidad del inconsciente?. Es la realidad sexual que Freud articuló desde el principio.

Podemos decir que el acto del psicoanalista es lo que causa el proceso que pone en marcha la transferencia.

¿a dónde apunta este acto?. Lo dijimos anteriormente: a una verdad en la constitución del sujeto, agrego ahora: que despliegue esa realidad sexual. Veremos cómo estas 2 cuestiones se articulan.

La instalación de la transferencia como consecuencia del acto analítico hace del analista el SsS. Es una ficción operativa que supone las condiciones necesarias para que se despliegue la constelación fantasmática del analizante, o sea la posición subjetiva que tiene frente al Otro del lenguaje.

Hay que decir que esta ficción tendrá consecuencias verdaderas en la medida en que el psicoanalista no encarne ese saber supuesto. Es lo que decimos de no responder a la demanda. Si no se responde a la demanda como sujeto, se responde como objeto. El analizante se encuentra con algo en el Otro que responde como un objeto extraño al de su satisfacción, o sea que hará la prueba de cómo su satisfacción está enredada con el lenguaje para responder a los enigmas de la sexualidad. Porque lo que la realidad sexual del inconsciente encubre es la falta que hace enigmática la sexualidad.

Sólo así, el analista podrá apuntar a la verdad que como sabemos, por los enredos del lenguaje, tiene estructura de ficción. Por eso la regla fundamental de la asociación libre, que escapa a la interlocución habitual, es una forma de poner en acto la palabra.

Ahora bien, el analista apunta a la verdad, que hay que decirlo, es una preocupación neurótica. La verdad de que se trata es la que puede producir un saber.

Se trata de la sexualidad. De la incompatibilidad entre verdad y sexualidad, de la que el recorrido de un análisis hace la prueba.

La incompatibilidad entre verdad y sexualidad, quiere decir que no hay relación sexual. O sea que algo del objeto tocado primariamente por la satisfacción no termina de pasar al significante. A eso Lacan lo llamó objeto a.

No quiere decir que no haya goce sexual. Quiere decir que algo del goce sexual se presenta siempre como una falta radical, como un goce ignorado.

Este goce ignorado, se subjetiviza como realidad por medio del fantasma.

En la transferencia, representa la realidad sexual del analizante que se manifiesta como amor. Es la forma en que el sujeto recubre ese objeto con las vestimentas narcisísticas del amor. En tanto esto se desarrolla no se juega ninguna ganancia de saber para el analizante. Por ello Freud designo como resistencia al amor de transferencia.

Lo que se juega en esa situación es algo del orden del ser.

Cuando en el Otro aparece una falta, que es la respuesta del analista, el sujeto se enfrenta con lo rechazado, con lo que no quiere saber, con algo del objeto que le responde: no eres eso. Esa es la parte del objeto que no ha pasado al significante. Lo que importa es que ese objeto particular de cada uno representa la marca, el rasgo mas íntimo desde donde cada sujeto se constituye.

En la transferencia amorosa es por medio de la libido, como puesta en acto de la pulsión, cómo el sujeto intenta hacerse ser algo para el Otro. La libido es la presencia efectiva como tal, del deseo. La libido se presenta siempre animando el fantasma, en tanto lo que el fantasma ofrece es una seguridad, la seguridad de ser para el Otro.

Se trata de una respuesta contra la angustia que el objeto representa.

Aquí se trata de la verdad, de una puesta en acto de la verdad de esa realidad que es sexual e ignorada.

Solo en la medida en que el analista pueda poner en cuestión el SsS, o sea que sea sensible a esa ficción, sin responder desde el lado sujeto, sin olvidar que no es de él de quien se trata, sólo entonces permitirá que esa estructura amorosa que la transferencia ofrece pueda desplegar sobre el diván la constelación particular del deseo de ese sujeto. Ese es el trabajo de la transferencia. Es un trabajo que hace del analizante un trabajador y que como tal manifiesta su alineación al significante.

La no-respuesta del analista desde el SsS, o sea no encarnándolo, y representando el objeto, genera un producto del trabajo de la transferencia.

Ese producto es un saber. Es un saber particular, ya que no suele presentarse como tal, sino como saldo del recorrido y que no aparece aún ya que falta el cargo, la factura del objeto que está del lado del analista.

En tanto se mantiene la ficción del SsS, el analizante está haciendo este recorrido, pero lo que el sostiene es la representación del psicoanalista como lo que enmascara, obtura, taponar esta verdad y que se llama el objeto (a).

Es cierto que si el analista logra esto, podrá permitir que el analizante vaya haciendo la experiencia de la falta en el Otro, vaya haciendo un recorrido de desciframiento del Otro. En este recorrido el analizante va a ir deshaciendo todas las fijaciones que en su historia personal ha realizado entre un significante y la cadena de significantes que remite al trauma sexual o al fantasma.(C.Soler). Es el momento específicamente terapéutico de un análisis, cuando lo que se cura es el síntoma que viene al Y esto es también un tratamiento de la angustia que es la señal de la proximidad del objeto que señala ésa falta en el Otro del lenguaje

Quiero decir algunas cosas de este objeto, para entender que es lo que se juega en relación al él. El objeto a sólo tiene una consistencia lógica, en tanto es lo residual de experiencia de la relación de objeto. No es descifrable, ya que es lo que no ha pasado al significante, entonces está dessexualizado, en consecuencia no tiene imagen especular, no es imaginable. Decimos que es real, y como tal no puede ser negociado por el deseo, no es articulable. Por ello la angustia. Pertenece al orden de la causa, no de los efectos. En la cura, produce lo vivencial de la experiencia analítica, el encuentro, el insight, el punto de angustia, y por eso es necesaria la sensibilidad del analista, una sensibilidad de quien ha vivido la experiencia para poder operar con ese registro, en un registro que podemos decir de lo incurable. Hablo de la experiencia de la castración y de un cierto saber sobre eso. Cuando la transferencia ya no se sostiene en el SsS, lo que queda es el objeto. A partir de entonces se trata de separarse de este objeto.

Freud sitúa la roca de la castración como el límite de un análisis. La castración freudiana es la consecuencia del Complejo de Edipo. El resultado de un análisis tiene que ver con el Padre muerto, con las identificaciones resultantes de esa operación con el Padre. El límite es que el Padre es el síntoma incurable.

Para Lacan el resultado de un análisis tiene que ver con la destitución subjetiva, con esa desigualdad del sujeto a toda subjetivación posible de su realidad sexual.

En la medida que ha realizado el recorrido de la pulsión que divide al sujeto y ha renunciado a encontrar en el Otro el suplemento de su ser, el objeto desprovisto de sus vestimentas sexuales y amorosas, queda a su cargo. Este objeto, que estaba taponando la falta en Otro, orientando su demanda y articulando su deseo, al caer muestra la falta en ser del sujeto. Se verá enfrentado a esta verdad última que es su ser de objeto. Ahora tendrá que arreglarselas para lograr ser con su no-ser, y eso supone una orientación diferente de su deseo. Ahora sabe que tiene que arreglarselas con la marca propia que lo determina, con su rasgo personal de goce.

Entonces, la castración, para el sujeto, se realiza en el Otro del lenguaje. El límite está situado en ésta marca primera que el lenguaje ha producido y que constituye el objeto último que es la verdad del sujeto. Es su verdad de goce y el punto incurable. En consecuencia allí sólo puede sostenerse por una identificación a este rasgo particular.

En el recorrido analítico, el analista ha ocupado el lugar del Otro del lenguaje. La transferencia ha puesto en acto la realidad sexual del analizante, o sea que ha colocado en el analista ese objeto, orientando su demanda de amor en la búsqueda de su complemento de ser.

Lo que articula el sujeto con el objeto es el fantasma, que es su realidad sexual. Con el fantasma, el sujeto no sabe, actúa. El saber está en el Otro. El analista pasa a ser el SsS. Desde este lugar, la maniobra analítica consiste en presentificar este objeto, para que el analizante vaya recorriendo toda la articulación de su deseo en su relación de objetos. Es la travesía del fantasma donde hace la experiencia con el significante del goce fálico. Es el goce regulado por la función paterna.

Si el fin de un análisis se sitúa aquí, o sea, si el sujeto regula su relación al Otro, desdramatizando su deseo, librándolo de su neurosis infantil, tenemos como salida, como destino de la transferencia, un tipo de identificación regida por el emblema paterno. El analista quedará como representación del objeto de esa identificación. Es la salida por identificación al analista. Esta es la salida por el lado de la verdad, o sea por el lado del desciframiento del síntoma y produce un saber correlativo a ese fin, a esa orientación del deseo. Es un momento terapéutico del análisis, donde lo que se cura es el síntoma pero no el sujeto. Esta es la salida por el lado de la palabra. El sujeto ha realizado un recorrido por el significante y ha agotado el tiempo de comprender. Ha comprendido. (Freud : rechazo a la feminidad- aceptación del penisneid)

Si a la caída del SsS se va un poco mas allá, tenemos un segundo momento que llamamos el momento clínico de un análisis. Es cuando se verifica la serie de lo que ha hecho acto en el recorrido. Es la salida donde el sujeto asume su ser de objeto y es cuando tiene que desprenderse de este objeto. Lo que queda es la marca, el rasgo que lo particulariza.

Desprenderse de este objeto supone un tiempo de duelo que se realiza con el analista.

No es el duelo por el Padre muerto, es el duelo por el objeto.

El sujeto queda en una situación inédita a su biografía, a su subjetivación. Lo que aparece es algo nuevo con lo que tendrá que hacer, inventar, de un nuevo deseo, que es deseo de saber. De un saber que no se le puede suponer al Otro. Se trata de asumir otra verdad que la de la neurosis.

Uds saben que dos años después de este seminario, en el Reverso del Psicoanálisis, Lacan analiza las relaciones entre el goce, la verdad y el saber. Allí dice : « la verdad, hermana del goce » ya que con el goce es como la verdad encuentra con qué resistirse al saber.

Al librar el objeto de su envoltura fantasmática, al librar la pulsión del bla, bla, bla de la subjetivación, queda el objeto como última verdad. La pulsión ya no responde con palabras, lo que queda es una actualidad de silencio.

Esta es la salida por el acto. Por el lado donde se juega el deseo del analista.

Lacan lo dice así : « Una ética convertida al silencio, por el porvenir no del pavor sino del deseo ».

Hugo A. Rotmistrovsky
Valencia, 25 de marzo 2006